

LA UTOPIA DE UNA CONVIVENCIA EN PAZ

Oscar Arias Sánchez

Ex Presidente de la República de Costa Rica

XLIX Cátedra de las Américas: a 25 Años de los Acuerdos de Esquipulas

Organización de Estados Americanos, Washington D.C.

13 de agosto, 2012

Amigas y amigos:

Por las amplias avenidas de esta ciudad emblemática, frente a sus monumentos solemnes y sus atrios magníficos, susurra aún, inextinguible, la voz de miríadas de hombres y mujeres que durante siglos han debatido el dilema de la guerra y la paz. Pocas ciudades en el mundo simbolizan, como ésta, la tensión ineludible entre la fuerza y la razón, entre la violencia y la conciliación. En esta capital reside el ensayo histórico de una idea convertida en promesa: la de que es posible diseñar, desde la sabiduría humana, un sistema que gobierne a los mejores y a los peores ángeles de nuestra naturaleza. Un sistema que nos permita la utopía de una convivencia en paz sobre la Tierra.

En esa empresa, que compartimos tantas naciones del mundo, hemos topado con luces y sombras. Hemos escrito capítulos de gloria y párrafos de vergüenza. Pero creo firmemente que la balanza se inclina del lado de la cordura, del lado del juicio y de la madurez política. A pesar de los errores, a pesar de los desencantos, creo que la lógica de la civilización humana es una lógica de progreso. De ello dan testimonio instituciones como la Organización de Estados Americanos, y celebraciones como el 25 Aniversario de la firma de los Acuerdos de Esquipulas II.

Quiero dar gracias al señor Secretario General, José Miguel Insulza, por invitarme a participar en esta Cátedra de las Américas. Y aprovecho también para saludar, desde aquí, al Ex Secretario General, Joao Baena Soares, quien con la misma gentileza y afecto me abrió las puertas de esta organización, hace 25 años.

Me han pedido que hable sobre el legado de Esquipulas. Pero ¿cómo hablar de una herencia, sin mencionar su origen? ¿Cómo hablar de desafíos y resultados, sin hablar del proceso en que se forjaron? No es posible entender el legado de Esquipulas sin entender las fuerzas que produjeron ese documento, las presiones que enfrentamos, las esperanzas que nos alimentaron, y la filosofía que tejió todo el entramado de la negociación de paz en Centroamérica. Con esto quiero expresar una idea muy sencilla: para juzgar el fruto, hay que conocer el árbol.

Quienes únicamente conocen la Centroamérica de nuestros días, encontrarían difícil creer las historias que narraban los millones de refugiados que cruzaban las fronteras a mediados de los ochentas. Pueblos aniquilados por manos hermanas, con armas estadounidenses o soviéticas. Bases de entrenamiento secretas, en donde muchachos que apenas comprendían las razones de la guerra, se graduaban en el odio y la violencia. Un conflicto convertido en una contienda por la preeminencia militar de dos superpotencias, cuyas ambiciones extenuaban los esfuerzos por la paz promovidos en el marco del Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo.

El Plan de Paz nació en medio de esta madeja de frustraciones, tras el fracaso final de los procesos de mediación de algunos gobiernos latinoamericanos. El documento titulado "Una hora para la paz", contenía 10 acciones prioritarias, incluida la condición de suspender todas las acciones militares al mismo tiempo que se iniciaba el diálogo. La tendencia mundial en la solución de conflictos, en ese entonces y aún ahora, pretende que las negociaciones se lleven a cabo precisamente para lograr el cese

al fuego. El Plan de Paz, por el contrario, proponía el cese al fuego como una de las condiciones necesarias para poder dialogar sin presiones, en un ambiente verdaderamente propicio para una paz duradera.

El cese al fuego se constituía, entonces, en algo así como la obertura de los acuerdos de paz. Su *leit motiv*, en cambio, era la democratización de la región. El documento que firmamos en la ciudad de Guatemala, en las horas de la madrugada del 7 de agosto de 1987, estaba fundado sobre la convicción de que ninguna pretensión de paz tiene sustento si no va acompañada de una garantía de respeto a los derechos humanos y al Estado de Derecho; si no va acompañada de la certeza de que los ciudadanos podrán manifestar su conformidad o disconformidad con las políticas del gobierno, a través de las elecciones periódicas y pluralistas; si no va acompañada de la existencia de instituciones democráticas fuertes e independientes, que garanticen la estabilidad social; si no va acompañada, en fin, de los rasgos distintivos de toda democracia.

La paz tiene enemigos declarados, como las carreras armamentistas, pero tiene también enemigos velados e indirectos, como la falta de oportunidades, la frustración generalizada, la retórica divisiva, la impaciencia política. Sabíamos que el éxito de los Acuerdos de Paz dependía, en última instancia, del éxito centroamericano en la construcción de una vida próspera y democrática. No se trataba sólo de firmar un armisticio, sino de construir y mantener un verdadero compromiso de mejorar la vida de millones de centroamericanos.

Fue un compromiso que asumimos con un profundo sentido de responsabilidad histórica. No es sólo por su valentía que hoy quiero agradecer a José Napoleón Duarte, a Vinicio Cerezo, a José Azcona y a Daniel Ortega, sino por su voluntad para transigir en nombre de sus pueblos. Bien decía José Martí que: "*al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden*". Yo creo firmemente que hace 25 años los cinco Presidentes centroamericanos demostramos algo mucho más complejo, mucho más sofisticado, que el coraje militar. Demostramos que la decisión que tomamos era sumamente sencilla cuando tuvimos que escoger entre la vida y la muerte de millones de centroamericanos.

Aquel fue el inicio de una larga cruzada por lograr que se nos permitiera implementar el acuerdo que habíamos adoptado. A cada paso hubo personas dispuestas a buscar cualquier excusa para declarar el fracaso. Enfrentamos presiones ingentes de parte del gobierno del presidente Ronald Reagan y del régimen de Mijaíl Gorbachov y de Fidel Castro. Pero defendimos nuestra voluntad. No sólo porque era nuestra, sino porque ninguna guerra ideológica justifica la muerte de seres inocentes. Ningún pulso por asegurar la hegemonía internacional de un pueblo, puede labrarse con el sacrificio de otros pueblos.

¿Qué nos queda, entonces, de la lucha que libramos? Creo que no debemos ser autocomplacientes con lo que la región ha alcanzado. Pero tampoco nos cabe ser pesimistas. El hecho de que para los jóvenes centroamericanos la guerra sea apenas una clase de historia, es ya de por sí un símbolo de progreso. En este tema la ignorancia, más que un descuido, es un privilegio. Ser incapaz de reconocer el temblor de la tierra estremecida por el paso de un tanque, es un privilegio. No haber olido jamás la sangre en los pliegues del viento, es un privilegio. Desconocer el sabor de la pólvora, el color de la muerte, el llanto que se escucha tras la pared del vecino, es un privilegio. Quizás la importancia de esta celebración pueda entenderse sólo en términos de ausencias: los soldados que ya no mueren, las familias que ya no huyen, los buques que ya no traen almacigos de metralla.

Centroamérica ha construido en términos de paz, pues ninguna otra región del mundo ha desarmado, desmovilizado y reintegrado a militares a la vida cívica de una

manera tan extensa y exitosa como lo ha hecho la nuestra, aunque mi sueño de convertir al istmo centroamericano en la primera zona desmilitarizada del orbe no fue posible hacerlo realidad. Hemos construido en términos materiales, pues las economías de la región son significativamente más grandes desde que se acabó la guerra, y la calidad de vida es mejor. Hemos construido en términos sociales, pues la probabilidad de que un niño centroamericano muera antes de cumplir cinco años se ha reducido casi a la mitad, y los adultos viven muchos más años que en la época del conflicto.

Pero al mismo tiempo que celebramos los dividendos de la firma del Plan de Paz, otro tipo de dolor acecha a miles de centroamericanos. A pesar de que ya no se matan los jóvenes guerrilleros, sí se matan los jóvenes pandilleros; a pesar de que ya no lloran las madres porque sus hijos están en la guerra, sí lloran porque no están en el colegio; a pesar de que ya no emigran los pueblos por causa de la violencia, sí emigran por falta de oportunidades.

El espectro del autoritarismo ha vuelto a levantarse en la región, con un golpe de Estado en Honduras. Nuestro crecimiento económico, aunque ha sido sostenido, no se compara con el de otras partes del mundo en desarrollo. En algunas naciones, la institucionalidad democrática se debilita, mientras en el resto los aparatos estatales no logran satisfacer las demandas más básicas de la población.

Verdaderamente creo que el legado del Plan de Paz para Centroamérica es un legado fértil. Pero también creo que es una dote inconclusa. En Centroamérica tenemos paz, democracia y desarrollo. Lo que nos falta es calidad en todas esas variables. Nuestra paz, aunque presume de la ausencia de conflictos armados, necesita mejores sistemas judiciales, mayor prevención del delito, mejor control del tráfico de armas y municiones. Nuestra democracia, aunque presume de la ausencia de regímenes autoritarios, demanda Estados funcionales, elecciones incuestionables, participación ciudadana, vivencia cívica. Nuestro desarrollo, aunque presume de la ausencia de niveles de pobreza como los que experimentamos en el pasado, requiere de un mejor nivel de vida, de un mejor ambiente de negocios, de seguridad jurídica, de mayores ingresos tributarios y de una más justa distribución de la riqueza.

Es decir, que el legado de Esquipulas II es un legado dinámico. Lo están construyendo allá los gobiernos que, con mayor o menor ahínco, intentan forjar un futuro mejor para sus pueblos. Lo están construyendo aquí las delegaciones que han apostado a la diplomacia y al entendimiento entre las naciones, como herramienta de progreso. Lo estamos construyendo con la memoria, que ha de servirnos de advertencia. Y lo estamos construyendo con la esperanza, que ha de servirnos de aliento.

Se trata, en última instancia, de un tema de prioridades. La vocación democrática y el compromiso con el desarrollo se exhiben en los actos y en los gastos, en las políticas de gobierno y en sus presupuestos. Muchas veces, demasiadas veces, los gobiernos latinoamericanos separan el discurso y del recurso. Muchas veces, demasiadas veces, proclamas que se plasman en programas de gobierno, en conferencias internacionales, en reuniones intersectoriales, se desdican en el accionar diario de los gobernantes. Aunque éste no es un fenómeno exclusivo de nuestra región, vale la pena mencionar que el futuro de Centroamérica es un futuro de detalles.

Celebramos este aniversario porque, en palabras de William Faulkner: *“el pasado nunca muere. No es ni siquiera pasado.”* Estamos acá porque no basta con haber sido artífices de Esquipulas, sino también porque somos sus guardianes. El espíritu de Esquipulas sigue vivo, y aún hoy tiene mucho que decirnos y enseñarnos. Las voces de los hermanos centroamericanos que se alzaban para pedir paz, ahora susurran a nuestros oídos otras peticiones. Los herederos del Plan de Paz nos preguntan: ¿hemos vivido a la altura de las promesas que el Plan estableció para los centroamericanos?

Es responsabilidad de los herederos del Plan de Paz vigilar que su espíritu no se pierda en los azahares del tiempo. Buscar tendencias y patrones. Advertir errores y desvíos. Las amenazas a Esquipulas no vienen de la boca del cañón. Vienen en la forma de disimuladas violaciones a los principios democráticos; de sutiles desviaciones de recursos de los mecanismos de la paz, hacia el aparato de la violencia; de decisiones cortoplacistas que sacrifican los prospectos económicos de un país, en función de las necesidades políticas de un gobierno. Ningún mecanismo de seguimiento puede sustituir a una conciencia social que es crítica y reflexiva. Ningún mecanismo de seguimiento puede superar el poder de una región que comprende que aquello que recibió hace 25 años, es una construcción frágil y sensible. La paz no es el fruto del esfuerzo de una persona, de un grupo o siquiera de una generación. La paz es un bien colectivo. O se mantiene por el esfuerzo de todos, o se debilita por la indiferencia de todos.

Amigas y amigos:

Yo no sé si la violencia es un signo de la naturaleza humana. Lo que sí sé es que la paz es un signo de su evolución. Hoy celebramos un recuerdo, pero atizamos también los carbones de un sueño que aún construimos como especie: la pretensión que formularon los griegos y que recordara Robert Kennedy el día de la muerte de Martin Luther King Jr.: domar el salvajismo del hombre y hacer apacible la vida en este mundo.

Quiero mencionar una historia que, aún hoy, me conmueve profundamente. Al concluir la firma del Plan de Paz, nos dirigimos a un *Te Deum* en una iglesia local. En medio del camino, una madre se acercó y me dijo: "*gracias Presidente, por mí hijo que está en la montaña, y por este que llevo en el vientre*". En cierto sentido, todos somos, simultáneamente, el niño en el vientre y el joven en la montaña. Somos la prole de una guerra desalmada, pero también la descendencia de un anhelo de paz. Nos corresponde la doble misión de recordar y emprender. De recibir el legado de Esquipulas y acrecentarlo como en la parábola proverbial. Por eso quiero dedicar este aniversario a los herederos del Plan de Paz, pero sobre todo a los autores de las páginas que aún no han sido escritas.

¡Hay tanto por hacer en la fragua de la paz, y es tan ardua la faena! Pero sin importar los sacrificios, sin importar las entregas, no hay labor más noble que la de asegurar que la vida sea una aventura feliz sobre la Tierra. Hoy les pido que no desfallezcan. Que tomen la bandera con la convicción de que hay acuerdos posibles, incluso para el más indescifrable de los conflictos. Les pido que recuerden que la paz se alcanza por sus propios medios: por el diálogo y la tolerancia, por las leyes y la democracia, por la paciencia y la perseverancia. Y les pido que no desfallezcan. Porque, parafraseando el *Desiderata*, no hay que ser cínico con la paz, que en medio de la aridez y el desencanto, encuentra la forma de brotar, como la hierba, a través de todas las estaciones.

Muchas gracias